

próxima á Cerro Gordo, denominada Atalaya, de la cual hicieron su base de operaciones para el día siguiente. Entonces fué cuando Santa-Ana comprendió su error y el grave peligro de su ejército, ante la aparición de los invasores á la espalda de nuestras posiciones. Quiso reparar su equivocación, pero era demasiado tarde. Bajo la dirección de Juan Cano y de Robles, se trabajó toda la noche en los atrincheramientos y fortificaciones, y todavía al amanecer del día 18, Robles y Cano levantaban parapetos en la falda de Cerro Gordo, y continuaron en su trabajo aun bajo el fuego del enemigo. Desde el Cerro de la Atalaya, empezaron los invasores á disparar sus piezas de grueso calibre y su batería de obuses de montaña, y se desprendieron sus columnas para asaltar el Cerro Gordo, bajo el fuego vivísimo de metralla y fusilería de las fuerzas mexicanas que ocupaban la cima y la pendiente del Cerro, y después de varias peripecias, peleando á veces á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, ocuparon la cumbre del Cerro Gordo, derribaron nuestra bandera, enarbolaron la suya y quedaron dueños del campo, á consecuencia de la desgraciada muerte del General Ciriaco Vásquez, que cayó gloriosamente en el fuerte que defendía, y cuya muerte no pudo menos que debilitar la defensa. Al retirarse Cano de aquel campo de carnicería, en que bajo el fuego del enemigo estuvo trabajando hasta el último momento como ingeniero, tropezó con uno de los oficiales admiradores de Santa-Ana, y en un momento de amarga indignación, profirió Cano estas palabras que sintetizan su juicio sobre la batalla de Cerro Gordo: «Triste es ser

vencido por la estupidez de un General presuntuoso é ignorante.»

Dos días después, los restos de aquel ejército de ocho mil hombres, reducido á menos de dos mil, llegaron á Orizaba. Habían sufrido un descalabro; pero se habían batido bizarramente, y, como dice un historiador, habían defendido palmo á palmo el Cerro Gordo y no lo habían abandonado sino saltando sobre cadáveres y empujados por la masa irresistible de sus contrarios.

#### IX.

Aprovechando los americanos su victoria, ocuparon á Jalapa y poco después á Perote y Puebla. Santa-Ana, que con los restos de Cerro Gordo y otros refuerzos había conseguido formar un nuevo ejército de cuatro mil hombres, se retiró á México, á donde llegó el 19 de Mayo de 1847. Al día siguiente celebró una junta de guerra, para tratar la cuestión de que si se defendería ó nó la capital. Estuvo en ella Juan Cano y fué de opinión de sostener la resistencia sin cuartel y seguir luchando hasta el último trance. Decidida la defensa de la capital, el General en jefe desarrolló su plan, que fué establecer tres líneas de defensa: una, apoyada en varias alturas á tres leguas de la capital y en un punto llamado El Peñón; la segunda, más inmediata á la capital, y la tercera en la capital misma. Los ingenieros Cano y Robles, como Jefes del cuerpo, fueron comisionados para dirigir las fortificaciones. Cano hizo un estudio profundo del Valle de México, lo delineó todo y lo escrudiñó sólida y científicamente. Se encargó espe-



cialmente de las fortificaciones de Coyoacán, San Angel, Puente y Convento de Churubusco.

Todo el pueblo esperaba con ansia avistarse con el invasor; se trabajaba sin descanso para prepararse á la lucha, se construían más cañones, se reponía el armamento, y refuerzos llegaban todos los días de diferentes lugares. Veinte mil hombres de todas armas estaban listos á batirse.

Todos saben lo que sucedió. Los invasores se intimidaron ante la formidable fortificación del Peñón; ni siquiera intentaron atacarla, y volviendo su vista por otro rumbo, imprudentes disidencias les proporcionaron una brecha y ocasión de obtener un triunfo. El 19 de Agosto, el ejército del Norte, fuerte de cuatro mil hombres mandado por Valencia, fué derrotado en Padierna, y no teniendo ya el invasor que temer por su retaguardia, avanzó resueltamente sobre México. Santa-Ana tuvo que abandonar la primera línea de defensa y replegarse á la segunda; se defendió obstinada y dignamente el puente y convento de Churubusco, con el fin de proteger y cubrir la retirada de las fuerzas mexicanas. Días después se empeñó el combate del Molino del Rey, perdido por México, no sin gran estrago en las filas enemigas. Juan Cano se batió con gallardía y valor en esta función de armas, y aún extinguida toda esperanza de triunfo quería seguir peleando para sostener el honor de la bandera y del país. Esto pasaba el 8 de Septiembre de 1847, en que ya pocos días de vida restaban á nuestro héroe, quien viendo claramente la catástrofe que amenazaba á la patria, desafiaba á la

muerte, deseoso de sacrificarse en su defensa. Su sacrificio no tardó en consumarse.

Después de la batalla del Molino del Rey, fué Cano á reunirse en Chapultepec con su leal amigo el General Nicolás Bravo, que mandaba aquella fortaleza, objetivo, en aquellos momentos, del enemigo. Estaba defendida por ochocientos treinta y dos hombres, los alumnos del Colegio Militar y diez piezas de artillería. El 12 de Septiembre se veía muy claro la proximidad del asalto, y el Teniente Coronel Cano, que preveía su muerte, quiso separar de su lado á su joven hermano D. Lorenzo, que voluntariamente lo estaba acompañando en las fatigas incesantes de mejorar noche y día las fortificaciones de Chapultepec. Con pretexto de traerle cigarrillos, le envió á casa de su tío D. Andrés Quintana-Roo, con una carta en que le decía: «Querido tío: estoy cierto que mañana moriremos, y como no quiero dar á mis ancianos padres la imponderable amargura de recibir al mismo tiempo la nueva de la muerte de sus dos hijos, le suplico detenga á mi hermano Lorenzo que está empeñado en permanecer á mi lado, y que estoy seguro perecería conmigo, si se quedara en Chapultepec.» El tiempo realizó sus previsiones.

Toda la noche del 12 al 13 estuvo Juan Cano ocupado activamente en reponer las fortificaciones destruidas por el incesante bombardeo de cuatro baterías que empezaron á batir en brecha el castillo y sus obras exteriores, desde las primeras horas de la mañana del 12. Llovía el fuego; los muertos y heridos se multiplicaban; hubo bomba que al caer dejase fuera de combate trein-



ta hombres; el edificio sufrió terriblemente y la guarnición tuvo una baja considerable. Espantoso había sido el fuego; los norte-americanos, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche, habían conseguido mantener incesantemente sus fuegos, de tal manera, que siempre había un proyectil en el aire. En la noche, el hospital de sangre estaba sembrado de cadáveres y heridos. Bajo estos fuegos, Cano y sus ingenieros no cesaban de trabajar en reparar las obras conforme eran destruidas.

Era indudable que al día siguiente debía venir un formidable asalto, y el Teniente Coronel Cano se propuso morir como bravo. En efecto, desde la madrugada del 13, continuó el nutrido cañoneo y bombardear, y á las ocho de la mañana cesó repentinamente. Pavoroso silencio reinaba en ambos campos, y parecía que los elementos mismos de la naturaleza estaban en solemne quietud. Los combatientes se aprestaban para la lucha decisiva, cuerpo á cuerpo. En efecto, á poco rato, en medio de espantosa calma, se oyó el toque de cornetas que daban la señal de ataque general, y las columnas de asalto avanzaron vigorosamente, empezando de nuevo las baterías á lanzar balas, granadas y bombas. Un fuego terrible de metralla y fusilería recibió á los asaltantes. Se vieron obligados á detenerse; pero luego avanzando por la escarpada pendiente, continuaron su ascensión; grupos compactos de la tropa mexicana volvieron á detenerlos con vivo y continuado fuego. El suelo estaba regado de heridos y muertos de ambas partes; pero en tanto que los americanos eran

sostenidos hábilmente por sus reservas, los denodados defensores de Chapultepec apenas eran auxiliados por el esforzado batallón de San Blas, cuyos componentes, incluso su jefe, el impertérrito Xicotencatl, perecieron todos como héroes antes de poder llegar al castillo. El avance de los asaltantes se pronunciaba por todos lados, las baterías y parapetos caían en poder del enemigo superior en número, y los mexicanos, sin embargo, manteníanse firmes en la cumbre desafiando la muerte con intrepidez y vendiendo caras sus vidas; llegóse á luchar brazo á brazo, bayoneta con bayoneta y espada con espada. Llegó el momento de retirarse y ceder ante la avalancha de asaltantes que arrollaba todo, como avasallador torrente; algún oficial, creyendo necesario desalojar el punto, dijo á Cano con decidido ademán: "vamos; si te quedas te matarán sin remedio." "Eso es lo que quiero, morir combatiendo," murmuró Cano, y siguió luchando intrépido y ardiente entre aquella confusa masa de guerreros. A poco cayó mortalmente herido, en momentos en que la bandera mexicana era abatida de los altos muros del castillo, y empezaba á tremolar sobre ellos el pabellón de las barras y de las estrellas. No murió en el acto: completó el martirio de su agonía la muda contemplación de la derrota de la patria anunciada con alegres y triunfantes gritos por el invasor. Falleció á las ocho de la noche de ese nefasto día 13 de Septiembre de 1847, y fué sepultado con grandes muestras de honor y respeto por el enemigo, en la ladrillera de Chapultepec, al lado de cuarenta oficiales americanos, que lo mismo que Cano, murie-



ron en tan terrible y sangrienta función de armas.

Tal es la historia de un joven yucateco que supo sacrificarse y morir piadosamente en aras de la patria. Yucatán no ha tenido para él, ni un recuerdo, ni una memoria, ni una palabra de elogio. Su nombre glorioso ha sido presa del olvido. Y sin embargo, muriendo noblemente en la cumbre de Chapultepec, derramando su sangre generosa, mezclada fraternalmente con la de los demás héroes mexicanos de aquesa jornada, lavó la mancha de la vergonzosa neutralidad (1) en mala hora jurada por algunos de nuestros hombres públicos.

La nación se mostró con él amorosa y agradecida. El año de 1849, sus venerandos restos fueron identificados y exhumados de la humilde sepultura de Chapultepec, cubierto por la hiedra y por las flores silvestres. En el templo de Jesús María, se le hicieron suntuosas honras, á que asistieron devotas y simpáticas todas las clases sociales. Hizo su elogio fúnebre en sentidas y palpitantes frases su adicto amigo, el poeta Guillermo Prieto, aquel que en sus días plácidos, se admiraba de verle leyendo los clásicos latinos con la facilidad y soltura con que él leía los versos castellanos. Y una lápida de mármol blanco, donación del arzobispo Irisari, se puso sobre de su tumba en Santa Paula, con esta gloriosa inscripción: *Obiit; sed in æternum vivit.* (2)

(1) La imparcialidad histórica obliga á reconocer que la neutralidad no fué sostenida sino por una minoría desgraciadamente triunfante, y que, la gran mayoría de los hombres sensatos del país, la censuró severamente.

(2) Murió; pero vive eternamente.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN





FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



